

tirio inspirádoles fervorosos deseos de él; y para esto aquellos discípulos de la verdad recibieron la plenitud del Espíritu. En materia, pues, de persuasión, aun el Espíritu mismo de Dios no puede llegar á mas. Si Platon, dice san Juan Crisóstomo, hubiera tenido la presuncion de exigir de sus discípulos este testimonio de la creencia que tenían en él, y hubiera querido que sostuviesen su doctrina hasta derramar su sangre, bien léjos de seguirle le hubieran mirado con desprecio; porque no los persuadia sino segun lo que puede un hombre; y con efecto, la persuasión sola del hombre no llega con mucho á este extremo. Sacad, pues, esta consecuencia, y discurrid de este modo: El Espíritu Santo, cuando reveló á los discípulos del Salvador las verdades evangélicas, les reveló al mismo tiempo, que la fe de estas verdades será para ellos una obligacion al martirio; que el creer y sostener estas verdades les costará el ser maltratados, oprimidos y sacrificados como unas víctimas; y con esta condicion se las persuade: señal visible é indisputable de que este es el Espíritu de Dios.

9. En cuanto á lo demás, no penseis, cristianos, que todo esto no se ha verificado sino una vez, ó que no se ha cumplido sino en las personas de aquellos primeros discípulos. Porque san Lucas nos asegura en términos expresos, que el milagro de que hablo se repetia y renovaba todos los dias en el principio de la Iglesia; que el Espíritu Santo bajaba sobre los fieles, unas veces cuando se les conferia el santo Bautismo, otras cuando se les imponian las manos, y otras cuando se les anunciaba la palabra de salvacion; y que por este medio se veia aumentar de dia en dia el número de los creyentes; esto es, el número de aquellos que estaban persuadidos del mismo modo que lo estaban los Apóstoles: *Augebatur creditum in Domino multitudo*¹. Lo que entonces sucedia, y se verificaba con estas señales tan visibles que nos refiere san Lucas, es, no obstante la perversidad del siglo, lo mismo que sucede y aun se verifica en el dia, aunque de un modo mas sencillo; esto es lo que nosotros mismos hemos visto mas de una vez, y lo que hemos admirado, cuando algunos espíritus libertinos y obstinados en su libertinaje, y cuando los mundanos impíos é incrédulos, que vivian en medio de nosotros, movidos de este Espíritu de verdad han renunciado á su impiedad, se han sujetado al yugo de la Religion, y han empezado á conocer á Dios y á darle gloria; pues así ha llegado el mundo á ser cristiano; así de las tinieblas de la infidelidad

¹ Act. v, 14.

se ha convertido á la luz pura de la fe, y así es como el Espíritu de Dios, segun la expresion del mismo Señor, ha llenado todo el universo: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum*¹.

10. Pero ¿qué ha hecho el demonio, aquel príncipe de las tinieblas, enemigo de las obras de Dios, y envidioso de su gloria? Para combatir y destruir este milagro se ha esforzado, y aun ha hallado medio de pervertir el universo con un espíritu contrario del todo al Espíritu de la verdad; quiero decir, con el espíritu del mundo, que comunicándose y derramándose por todas partes, ha desfigurado toda la faz de la tierra que el Espíritu de Dios habia renovado santa y dichosamente. Me explicaré; y veréis, amados oyentes míos, el desórden de nuestro siglo, que no podemos llorar como se debe. Todo el universo está en el dia lleno del espíritu del mundo; y se puede decir que este es como el espíritu dominante, que todo lo dirige y gobierna. En efecto, al espíritu del mundo se consulta y se atiende en los negocios; él es el que reina en las conversaciones; él es el que forma los enlaces, las amistades y la sociedad, y él es el que arregla los usos y costumbres. Se juzga segun el espíritu del mundo, se habla, se obra, y se gobiernan segun él; y aun (¿lo diré?) se quisiera tambien servir á Dios, segun el espíritu del mundo; y como es un espíritu de mentira, de error, de impostura y de hipocresía, de consiguiente, como la experiencia misma nos lo da á conocer bastante, nada hay en el mundo que no sea falso y aparente. Falsos son los placeres, falsos los honores, falsas las alegrías, falsas las prosperidades, falsas las promesas, y falsas las alabanzas. Esto es por lo que corresponde á los bienes exteriores. Falsas son tambien las virtudes, falsa la prudencia, falsa la moderacion, falsa la justicia, falsa la generosidad, y falsa la integridad. Ved lo que corresponde á los bienes del espíritu. Pero lo mas indigno es, que tambien son falsas las conversiones, falsas las devociones, falsas las humildades, falsas las penitencias, falso el celo por Dios, y falsas las caridades para con el prójimo. Ved lo que pertenece á la salvacion. De este principio nace tambien que los hombres del mundo, llenos de este espíritu, parece que no tienen otro estudio que el de imponer á los demás, y engañarse á sí mismos; ocultar lo que son, y aparentar lo que no son. De aquí nace tambien que, segun el Apóstol, el mundo es una escena en que todo pasa en figura, en que nada hay sólido ni real, en que la lisonja está en reputacion, la sinceridad es odiosa,

¹ Sap. 1, 7.

y la pasión, sostenida de la astucia y artificio, habla atrevidamente, y la verdad sencilla y modesta está cautiva y obligada al silencio. Pernicioso espíritu, que al paso que se apodera y ampara del mundo, hace que en él se oscurezcan y eclipsen las mas vivas luces; no solo de la cristiandad y religion, sino tambien las de la recta razon. No obstante, repito, que el espíritu del mundo es el que se insinúa é introduce por todas partes; no se contentan con tenerle para sí, sino que le comunican, y trabajan en fomentarle. Un padre se le inspira á sus hijos, les da lecciones y reglas de ello, los cria y adelanta segun este espíritu; y dirigiéndolos y gobernándolos segun él, se condena con ellos por seguir este espíritu. No es solo en los palacios de los grandes donde este espíritu del mundo ejerce un soberano imperio; tambien le tiene en los estados particulares del pueblo, y le tiene aun en los estados mas santos, hasta en la Iglesia, y hasta en el Clero. Porque yo veo por la experiencia, dice san Bernardo, y lo veo con el mayor dolor, que toda la actividad y todo el celo de los ministros de la Iglesia consiste en hacer valer sus derechos y privilegios, en envanecerse con su dignidad, en gozar de sus rentas, y en abusar de ellas. Así hablaba aquel Santo en su tiempo. Se sabe muy bien, añadía, que no es el Espíritu de Dios, sino el espíritu del mundo el que les inspira este celo ambicioso é interesado. Ved, pues, el espíritu del mundo colocado hasta en el santuario. Vosotros me diréis que aun los religiosos no están exentos de él; y que no obstante la profesion que hacen de renunciar al mundo, no dejan, por lo comun, de conservar el espíritu de él. Es verdad; y esto me hace temer cuando entro en cuentas conmigo mismo: pero si debo yo temblar por esto, ¿qué seguridad puede haber para vosotros? Y si este desgraciado espíritu del mundo es capaz de cegar á un hombre separado de él, ¿qué no deben temer los que por razon de su estado se hallan expuestos á todos los riesgos y tentaciones del mundo?

11. Pero sea de esto lo que fuere, cristianos, volvamos á nuestro asunto; y por el milagro que el Espíritu Santo obró en los Apóstoles, reconozcamos lo que somos nosotros delante de Dios. Si hemos de juzgar por los efectos, decidme: Este Espíritu de verdad, cuyas maravillas y prodigios acabo de hacerlos ver, ¿ha sido hasta el presente para nosotros un Espíritu de verdad? Y si no lo ha sido, ¿á qué debemos atribuirlo sino á la dureza y corrupcion de nuestros corazones? Aunque como cristianos profesamos ser discípulos de este Espíritu de verdad, ¿nos ha persuadido realmente las ver-

dades de la religion cristiana? ¿Nos ha hecho que gustemos de ellas? ¿Nos ha puesto en una disposicion sincera y eficaz de practicarla? Nosotros, es verdad que adoramos especulativamente estas verdades; pero ¿conformamos á ellas nuestra conducta y proceder? Nosotros puede ser que hablemos de ellas elocuentemente; pero ¿nuestras costumbres corresponden á nuestras palabras? Nosotros damos á los demás lecciones de ellas; pero ¿estamos nosotros bien convencidos de ellas? ¿Creemos con una fe bastante viva que para ser cristianos es necesario, no solamente llevar su cruz, sino hacerse de ella un motivo de gloria? ¿que es necesario para seguir á Jesucristo renunciar interiormente no solo cuanto hay en el mundo, sino tambien á sí mismo? ¿que es necesario para ser suyo, no solamente no lisonjear su carne, sino crucificarla? ¿que es necesario para hallar gracia delante de Dios, no solamente olvidar las injurias recibidas, sino volver bien por mal? ¿Creemos sin dudar todos estos puntos de la moral evangélica, y podemos darnos testimonio á nosotros mismos de que tan sólidamente los creemos con el corazon, como los confesamos con la boca? Los Apóstoles, en el instante que recibieron el Espíritu Santo, estuvieron dispuestos y prontos á morir por estas verdades; ¿estamos nosotros prontos tambien, no digo á morir, sino á hacer que mueran nuestros deseos desarreglados y nuestras pasiones? Siguiendo esta regla y este principio, hay motivo para creer que el Espíritu de verdad nos ha desengañado de mil errores que causan todos los desórdenes del mundo; nos ha desimpresionado de muchas máximas falsas que nos pervierten; nos ha abierto los ojos sobre ciertos puntos de los que hacemos conciencia, que son otros tantos principios de condenacion: pero si nada de esto hay en nosotros, ¿qué pruebas tenemos de que le hemos recibido? Y si no lo hemos recibido, ¿á quién debemos quejarnos, repito, sino á nosotros mismos? Puede ser que para excusar la ceguedad culpable en que vivimos, nos atrevamos á decir que las luces del Espíritu Santo son las que nos faltan; y que le atribuyamos la iniquidad de nuestros errores: pero como es Espíritu de verdad, ha sabido muy bien quitarnos este vano pretexto, y convencernos, con las reconvenciones que tan frecuentemente nos hace en la Escritura, de que nuestros errores proceden únicamente de las resistencias que hacemos á sus luces; y que si estamos siempre ciegos, es porque siempre incircuncisos de corazon, siempre indóciles y obstinados, no queremos oírle, y porque despreciando sus inspiraciones no seguimos mas guía que la del

espíritu seductor del mundo que nos corrompe y nos pierde: *Dura cervice, et incircumcisis cordibus... vos semper Spiritui Sancto resistitis*¹. Cuando quisiéramos hacer responsable de nuestra ceguedad al mismo Espíritu Santo por la denegacion y escasez que suponemos de sus luces, como Espíritu de verdad nos hace convenir, á pesar nuestro, en que la causa de nuestra ceguedad está en que no podemos sufrir la verdad que nos reprende, y en que abusamos por soberbia y orgullo de la que nos lisonjea: *Dura cervice, et incircumcisis cordibus... vos semper Spiritui Sancto resistitis*. ¡Ah! amados oyentes míos, no hagamos al Espíritu de gracia el agravio de querer justificarnos á costa de la misma gracia. Preservadnos, ó Espíritu divino, de este desórden, y haced para esto que conozcamos vuestros caminos. Enseñadnos lo que enseñásteis á los Apóstoles. Haced que empecemos á ser verdaderamente vuestros discípulos, y sed para nosotros, no solamente un Espíritu de verdad, sino un Espíritu de santidad, que es la segunda parte.

Segunda parte: El Espíritu Santo es para nosotros Espíritu de santidad, y como tal nos purifica.

12. Como Dios es absoluta y excelentemente santo, porque es santo por sí mismo; así tambien el Espíritu de Dios por una propiedad personal es llamado en la Escritura no solamente Espíritu Santo, sino Espíritu santificador; esto es, origen y principio de la santidad en todas las personas á quienes se comunica. No en vano el Salvador del mundo, estando ya próximo á subir al cielo, y hablando del Espíritu Santo que habia de enviar al mundo, usó de una expresion muy misteriosa en la apariencia, diciendo á sus discípulos que este divino Espíritu seria para ellos un segundo Bautismo; y que en verificándose su promesa, que seria muy en breve, serian bautizados en el Espíritu Santo: *Vos autem baptizabimini Spiritu Sancto non post multos hos dies*². El efecto propio del Bautismo es purificar y santificar; y habiendo bajado el Espíritu Santo, particularmente para purificar los corazones de los hombres, por mas misteriosa que parezca aquella expresion, no deja de ser muy natural en la intencion de Jesucristo. Pero la dificultad está ahora en penetrar bien el sentido de ella; y pues este bautismo del Espíritu Santo fue prometido generalmente á todos los fieles, es menester ahora que vosotros y yo reconozcamos por una parte la excelen-

¹ Act. vii, 51. — ² Act. i, 5.

cia de él, y por otra sus obligaciones. Dos puntos son de instruccion, y de tanta consecuencia como veréis: os ruego que no los olvideis jamás.

13. El Espíritu Santo bajando sobre los Apóstoles fue como un bautismo solemne, cuya impresion saludable sintió y experimentó cada uno de ellos; y esto fue lo que obligó á decir á Tertuliano, que aquellos bienaventurados discípulos fueron entonces como inundados del Espíritu de Dios: *Spiritu Dei inundatos*. Expresion enfática y oscura; pero en sustancia se reduce literalmente á la promesa del Salvador: *Vos autem baptizabimini Spiritu Sancto*; porque segun el uso de los primeros siglos de la cristiandad, se bautizaba por inmersion, que era una especie de inundacion. ¿Y qué es ser bautizados en el Espíritu Santo, sino adquirir, recibéndole, una pureza celestial y divina? Yo sé, cristianos, que los Apóstoles desde su vocacion al apostolado habian sido bautizados por Jesucristo; y sé tambien que en virtud de este primer Bautismo eran ya puros delante de Dios, segun el testimonio del mismo Jesucristo: *Et vos mundi estis*¹. Pero tambien es cierto que aquel primer Bautismo conferido á los Apóstoles habia sido Bautismo de agua; y el segundo, cuyo carácter les imprimió el Espíritu Santo con su inefable mision y con su inmediata presencia, fue de un modo muy particular bautismo de fuego. Diferencia que el santo Precursor habia anunciado, hablando á los judíos del Mesías, cuando les dijo: *Ipsae vos baptizabit in Spiritu Sancto, et igni*². Él es el que os bautizará en el Espíritu Santo, y en fuego. Diferencia que se verificó tambien plenamente, cuando el Espíritu Santo en figura de lenguas de fuego bajó y descansó sobre cada uno de los discípulos: *Et apparuerunt illis dispertite lingue tanquam ignis, seditque supra singulos eorum*³. ¿Por qué, pues, fue este símbolo de fuego? Para manifestar, dice san Juan Crisóstomo, que así como el fuego tiene una virtud mas activa, mas penetrante y mas purificativa que el agua, así tambien por la venida del Espíritu Santo debian los corazones de los hombres ser purificados de un modo mucho mas perfecto que lo habian sido por el Bautismo de Jesucristo. En efecto, después del Bautismo de Jesucristo, aunque los Apóstoles estaban santificados y reengendrados por aquel Sacramento, no dejaban de ser imperfectos. Segun la relacion que de ello nos hace el Evangelio, aunque estaban bautizados por Jesucristo, eran todavia ambiciosos, envidiosos é interesados; entre ellos se advertian todavia disensio-

¹ Joan. xiii, 10. — ² Matth. iii, 11. — ³ Act. ii, 3.

nes, y caian en flaquezas de las que esta gracia del Bautismo del Hijo de Dios, aunque santificante, no los habia enteramente preservado. Pero apenas reciben el Espíritu Santo, cuando se transforman, y vienen á ser unos hombres del todo espirituales, desprendidos de sí mismos, superiores á todo interés: no solamente santos, sino de una santidad consumada; llenos de Dios, y vacíos de sí mismos; y en una palabra, hombres perfectos é irreprehensibles. Ellos no fueron ya, dice san Juan Crisóstomo, aquel oro tosco é informe, tal como la tierra le produce, sino es oro puro, y purificado como el que ha pasado por el fuego: *igne examinatum, probatum terræ, purgatum septuplum*¹. El fuego por donde pasaron, añade san Pablo, es nuestro mismo Dios: no nuestro Dios irritado, y haciendo brillar, como otras veces, el fuego de su ira sobre los pecadores; sino el Espíritu Santo, derramando con profusion sus dones y gracias, y consumiendo con el fuego de su amor todo lo impuro y terreno que hay en sus escogidos: *Deus enim nos ter ignis consumens est*².

14. ¿Quereis, cristianos, saber hasta qué grado de perfeccion y pureza llega este bautismo de fuego? no os escandaliceis de lo que voy á decir, que es una de las verdades mas constantes de nuestra fe. Quizá creeréis que este bautismo se enderezó solo á quitar en los Apóstoles algunas reliquias de sus primeras inclinaciones, ya para con el mundo, ya para consigo mismos: pero os engaños; oid una cosa mucho mas importante que voy á declararos. La perfeccion de este bautismo de fuego llegó hasta purificar sus corazones de un cierto género de inclinacion que habian tenido, y aun conservaban á Jesucristo. Sí, amados oyentes; esta inclinacion, demasiadamente humana al Salvador del mundo, era en los Apóstoles un obstáculo á la venida del Espíritu Santo; y si Jesucristo para romper esta inclinacion no se hubiera separado de ellos, nunca se les hubiera dado el Espíritu Santo: *Si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos*³. Pues ¿qué incompatibilidad habia entre el uno y el otro? ¿Y por qué los Apóstoles no podian recibir el Espíritu Santo mientras estaban unidos á su divino Maestro? Escuchad la respuesta de san Agustin, y sacad vosotros las consecuencias de ello. Porque los Apóstoles, dice aquel santo Doctor, estando unidos á Jesucristo no le miraban como debian con ojos bastantemente puros; pues con el amor que le tenian, le consideraban mucho segun la humanidad y segun la carne. Es verdad que aquella hu-

¹ Psalm. xi, 7. — ² Hebr. xii, 29. — ³ Joan. xvi, 7.

manidad era santa, y aquella carne estaba consagrada por la union íntima con el Verbo; pero como lo grosero de sus espíritus no hacia un justo discernimiento de este misterio, y estándose unidos á Jesucristo no se elevaban bastantemente sobre el hombre, aunque aquel era un Hombre-Dios, el Espíritu de Dios, cuya santidad excede infinitamente todas las ideas que de ella tenemos, no podia en este estado de imperfeccion honrarlos con su presencia. Era necesario, prosigue san Agustin, que los Apóstoles perdiesen de vista á Jesús para ser llenos del Espíritu Santo, y era necesario que el Espíritu Santo (si se me permite explicar de este modo), tomando á su cuenta los intereses de Jesucristo contra el mismo Jesucristo, arrancase del corazon de los Apóstoles los sentimientos demasiadamente naturales que tenian para con este Dios-Hombre. Ved, amados oyentes míos, cuál fue en los Apóstoles la excelencia de este bautismo de fuego; y de aquí debemos inferir cuáles son las obligaciones de él respecto de nosotros; quiero decir, hasta qué grado debe el Espíritu Santo ser para nosotros un espíritu de pureza y santidad.

15. Siendo esto así, ¿por qué nos hemos de admirar, si Dios desde el principio del mundo aseguró con un juramento tan solemne y expreso, que nunca permaneceria su Espíritu en el hombre, mientras estuviese sujeto á la carne? *Non permanebit Spiritus meus in homine... quia caro est*¹. ¿Y es de admirar que despues de aquel sumo horror que concibió Dios por la corrupcion de los hombres, hasta arrepentirse de haber criado al primero, apartare de él su espíritu, y le hiciese experimentar los efectos de su justicia en aquel diluvio universal, que fue como la expiacion auténtica de los desórdenes de la carne? No, cristianos, nada de esto debe sorprendernos, supuesto el principio que acabo de establecer; ni Dios, segun las leyes comunes de su sabiduría, podia portarse de otro modo. Lo que me admira es, que aun se lisonjeen algunos, sin perder á Dios, de conservar en el mundo ciertas inclinaciones y enlaces, que son manantiales inagotables de todas las desgracias, de todos los extravíos, de todas las preocupaciones, de todos los excesos, y de todas las intrepideces y arrojios de los hombres. Inclinaciones y enlaces que se mantienen y conservan con pretexto de que son inocentes, y que por estar autorizados por el uso del mundo no son incompatibles por el Espíritu de santidad. Así pensais, mundanos, y puede ser que esta sea la ilusion mas peligrosa con

¹ Genes. vi, 3.

que os deslumbráis. Pero por mas que queráis engañaros, y buscar excusas, el Espíritu de Dios, cuya penetracion descubre y penetra todos vuestros artificios, ó no permanecerá en vosotros, ó destruirá en vosotros todas las inclinaciones reprobables que os unen y ligan á las criaturas, aunque vuestro amor propio procure justificaros. Si fuéreis sinceros, y quisiérais, en lugar de creer al espíritu del mundo, que es espíritu de seduccion y de error, conformaros con el Espíritu de santidad, del que como cristianos debéis ser templos vivos por las consideraciones que él os inspiraria, y por los remordimientos que excitaria en vuestros corazones, os haria reconocer la imposibilidad absoluta de hacer compatible en tiempo alguno al que es la pureza y santidad misma, con todo género de inclinaciones y enlaces, principalmente con aquellas que la diversidad del sexo, añadida á la viveza de la edad y del temperamento, ha hecho en todos tiempos tan peligrosas y perniciosas. Como Espíritu de santidad os convenceria de que estas inclinaciones no son ni pueden ser inocentes para vosotros: pues á pesar de vosotros mismos experimentais muy bien que ablandan y enternecen vuestro corazon; que no podeis negar que le dividen, y que teneis mucha experiencia de que causan en él desarreglos. Tambien sabeis por experiencia que estas inclinaciones os apartan, y os hacen que mireis con disgusto vuestras obligaciones legítimas; que desde el instante que son inclinaciones del corazon conocidas por tales, aun el mundo mismo no os perdona, y os exponen á su censura; que dan motivo á la murmuracion, y sirven de asunto para la burla y la sátira; que á lo menos es la materia mas próxima de la culpa, y yo finalmente añadido, que estas inclinaciones y enlaces del corazon no son por lo comun mas que un disfraz y una astucia de la sensualidad. Esto es lo que el Espíritu Santo os haria ver y os haria escuchar, si vosotros le atendiéreis, y si fuéreis mas dóciles en seguir sus interiores movimientos. Pero que le escuchéis ó no, Dios independientemente de vosotros ha pronunciado la sentencia de que apartaria y retiraria su Espíritu del hombre que vive segun la carne. El principio de estas inclinaciones y enlaces, y lo que las ha producido, decidme, ¿no es en realidad la concupiscencia de la carne? Yo sé que vosotros les dais unos nombres especiosos, y que para aquietar todos los remordimientos les dais sin escrúpulo la cualidad de amistades honestas; pero el Espíritu de santidad, reclamando en lo interior de vuestras conciencias contra esa honestidad pretendida, os dice que estas son amistades reprobadas por

Dios, que insensiblemente conducen desde una honestidad aparente á lo impuro y culpable. ¿Es posible que los Apóstoles no pudieron recibir el Espíritu Santo mientras tenian para con Jesucristo una inclinacion algo humana, y queréis vosotros estar dispuestos á recibirle, dejando que en vuestros corazones se formen pasiones vivas y vehementes por criaturas mortales; concibiendo por ellas sentimientos de ternura y afecto, cuya consecuencia infalible es no tener sino sequedades para con Dios; manteniendo y conservando con ellas amistades y union, cuyo trato familiar pervertiria á un ángel si tuviera sentidos; y empeñándoos por respeto de ellas en negocios y proyectos que en deshonor vuestro os ocupan la mayor parte de vuestra vida? No es este el modo de disponerse (debe inferir hoy toda alma verdadera y sólidamente cristiana), no; Espíritu divino, yo confieso que nada de esto puede subsistir con Vos, y que seria una monstruosa contradiccion el querer juntar estas cosas con la pureza de las costumbres y con la pureza de corazon. Cuando todo esto no llegase á impedir, con una grave ofensa vuestra, el que Vos reináseis en mí, y una inclinacion semejante no rompiese el lazo de la gracia habitual que me une á Vos, el respeto solo de vuestra persona adorable, la idea sola, ó Espíritu de mi Dios, que me da la fe de vuestra delicadeza sobre la preferencia infinita que se os debe, y sobre el amor sin division que como Dios exigís, y el solo temor de ofenderos y causaros celos, porque Vos sois el Dios celoso, deberia hacerme renunciar y desprender de todo objeto criado; pues aunque fuese un ojo seria necesario arrancármele, si me fuera motivo de escándalo, ó impedimento á vuestras gracias mas íntimas y á la participacion de vuestros favores mas singulares.

16. Ved, pues, amados oyentes míos, lo que yo llamo, respecto de nosotros, obligaciones del bautismo interior del Espíritu Santo. ¿Y qué debemos hacer para cumplir y desempeñar estas obligaciones importantes, ó á qué debe reducirse en la práctica este bautismo misterioso? Vedlo aquí. Para corresponder al designio de Dios, nuestro cuidado continuo debe ser corregir y cortar todo lo que hay de humano en nuestros pensamientos, en nuestros deseos, en nuestras palabras y en nuestras acciones; porque, como decia san Pablo, despues de haber recibido el Espíritu de Dios, nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros deseos y nuestros pensamientos no deben tener otro fin, otro objeto ni regla, sino lo que es bueno, lo que es laudable, lo que es santo, y lo que es

ejemplar y edificativo: *De cetero, fratres, quaecumque pudica, quaecumque sancta, quaecumque bonae famae*¹. Y nuestro cuidado continuo debe ser mortificar con el espíritu las obras de la carne: *Si Spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis*². Por obras de la carne no entendia solamente el Apóstol aquellos vicios groseros y aquellos mónstruos del pecado que nos prohíbe aun nombrar; sino que entendia muchas otras cosas que á ello conducen, y que por la fragilidad de nuestro corazon sirven de disposicion para ello, cuales son las ocasiones que se buscan, los discursos licenciosos, las libertades imprudentes, las miradas inmodestas, las curiosidades, las lecciones, las conversaciones y diversiones poco cristianas, los excesos de la intemperancia, y la vida blanda y sensual. En las obras de la carne comprendia, hijas del siglo, el despejo y ademanes mundanos y afectados, tan contrarios al pudor y modestia de vuestro sexo, la desnudez artificiosa, y algunas veces tan vergonzosa y escandalosa, que de ella se avergüenza el cielo; el lujo que inspira el orgullo, la compostura y adorno de la vanidad, la idolatría de vuestras personas, y el deseo desenfrenado de agradar, en que el espíritu corrompido del mundo no repara, ni forma escúpulo, pero del que sin duda el Espíritu Santo, si le habeis recibido en esta festividad, os hará ver el peligro y aun la culpa. Sin hablar de la impudicia ó deshonestidad, san Pablo entendia por obras de la carne todo lo que en general es incompatible con la santidad del Espíritu de Dios, y principalmente lo que es incompatible con la caridad, como son los odios, las disensiones, los litigios, las enemistades, los rencores, las aversiones, las envidias, las iras y las venganzas: *Manifesta sunt autem opera carnis, quae sunt... inimicitiae, rixae, irae, dissensiones, aemulationes*³. Porque si no habeis, hermanos míos (añadia, y yo puedo añadir tambien), si no habeis renunciado y detestado todos estos desórdenes, si aun os queda una hiel amarga contra el prójimo, si no os habeis reconciliado sinceramente con aquel enemigo, si no habeis apagado en vuestros corazones todos los impulsos de venganza, y si no estais reunidos todos con una caridad sincera y cordial, por mas opinion que se tenga de vosotros, ó aunque de vosotros mismos tengais la mejor, decidme, ¿no es verdad que todavía sois carnales? *Nonne carnales estis*⁴? Y mientras fuéreis carnales, no pretendais ni aspireis á recibir el Espíritu Santo.

17. Pero, cristianos, yo me engaño; vosotros podeis y debeis

¹ Philip. iv, 8. — ² Rom. viii, 13. — ³ Galat. v, 19, 20. — ⁴ I Cor. iii, 3.

aspirar á ello, pues por mas pecadores que seais, Dios os lo ha prometido, y el juramento que ha hecho de que su Espíritu jamás permanecerá en el hombre mientras este sea esclavo de la carne, no se opone á la verdad del otro oráculo, por el cual se ha obligado á derramar su Espíritu sobre toda carne: *Effundam de Spiritu meo super omnem carnem*¹; y esto es lo que debe consolar á las almas débiles é imperfectas. El Espíritu de Dios no permanecerá en nosotros mientras seamos carnales: pero se derramará sobre nosotros para que dejemos de serlo; y este es el milagro que debemos pedirle. Grande milagro será, y mayor que el de la creacion del mundo; ó mas bien, milagro que en el orden de la gracia es una especie de creacion mas milagrosa que la creacion del mundo: pero para esto es necesario, Señor, todo el poder de vuestra gracia. Cuando criásteis el mundo, trabajásteis sobre la nada, y aquella nada no os resistia, ni se os oponia; pero ahora, en la nada del pecado, que aun siendo nada, se opone á Vos, y se rebela contra Vos. Enviadnos, pues, vuestro Espíritu segun toda su plenitud, y criad por él, Señor, en nosotros corazones puros, castos, y sujetos á vuestra ley: *Cor mundum crea in me Deus*². Enviadnos este Espíritu santificador, y renovando por él nuestros corazones, renovaréis toda la faz de la tierra: *Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terrae*³. ¡Qué fortaleza, ó Dios mio, y qué celo por vuestra gloria no nos inspirará! Esto es lo que vamos á ver en la última parte.

Tercera parte: El Espíritu Santo es para nosotros Espíritu de fortaleza, y como tal nos anima.

18. El propio carácter del Espíritu Santo, y que le distingue esencialmente como á Espíritu Santo, es poseer en sí el ser divino, sin poderlo comunicar á ninguna otra persona divina: el ser producido por el Padre y por el Hijo, y no poder ser principio de otra produccion semejante; y en una palabra, el que, aun siendo Dios, sea estéril en la santísima Trinidad; porque es el término de la Trinidad misma. Esterilidad, dicen los teólogos, que en lugar de ser defectuosa, manifiesta y supone en él la plenitud de toda perfeccion. Pero así como la fe nos representa al Espíritu Santo estéril en sí mismo, y respecto de las otras dos Personas de quien procede, así nos le hace concebir activo, fecundo y lleno de eficacia y vir-

¹ Act. ii, 17. — ² Psalm. l, 12. — ³ Psalm. ciii, 30.